

## “NACHO PARA LOS ÍNTIMOS”, un relato de JÚPITER.

Tras una larga estancia en Marrakech y Casablanca, el benjamín y futuro heredero del Marquesado de *Bonpartít*, el ilustrísimo Sr. Don Ignacio José de Mora i Carvajal, Don Iñigo para los más allegados y Nacho para los íntimos, desembarcó en las primeras horas de noche en el mediterráneo Puerto Bahía de Algeciras. Tras una corta, pero necesaria espera, para desembarcar su coche de la bodega del barco, el Ilmo. Sr. Don Iñigo de Mora tenía previsto continuar por carretera, el viaje de regreso a su patria chica, a su palacete del Ampordà. Antes de poner rumbo a su destino en el Baix Ampordà, el espigado, apuesto y noble heredero del título familiar decidió programar una ruta de viaje alternativa, de carácter paisajista, para contemplación, uso y disfrute de los bellos parajes y paisajes próximos a la costa, y fuera de las alejadas y aburridas autovías.

En la carretera N-340 dirección Almería, en el límite de las provincias de Málaga y Granada, el Ilmo. Sr. Don Iñigo, después de conducir toda la noche sin descanso, decidió, obligado por el cansancio, hacer una parada en el Paraje Natural Acantilados de Maro - Cerro Gordo. En medio de la noche tropical granadina, momentos antes del amanecer detuvo su coche para descansar en la explanada que daba acceso a la pequeña carretera que bajaba hasta la paradisíaca playa cantarrijana. Bajó las ventanillas del coche dejando pasar el aire fresco de la noche, recreándose en su deleite de los aromas naturales que desprendían y trasminaban la flora y la vegetación del lugar. Bajó del coche para estirar las piernas, y contempló, bajo una tenue luz de la luna, las perfiladas siluetas de arbustos y pinares entre destellos tintineantes de la misma luna sobre el mar. Tras un breve tiempo de reflexión miró la hora en su Rolex y decidió a hacer un alto en su viaje por la serpenteante costa mediterránea. Abrió el maletero del auto, y apartando un par de maletas sacó del fondo de este, una castigada saca de loneta azul, donde llevaba, para imprevistos, su kit playero de emergencia. Subió de nuevo en el coche, y arrancando el motor después de colocarse el cinturón de seguridad, inició la bajada a la playa con su *Porsche 911 turbo* para descansar en la paradisíaca playa nudista de Cantarriján.

Con los primeros rayos de sol, después de su descanso, se incorporó de su asiento retrepado y abriendo la guantera del coche cogió el último libro de **Gabriel J. Martín**. Tomó la bolsa de viaje y el libro, y de manera diligente se dirigió hasta la misma orilla del mar. Con la mirada absorta en el horizonte recordaba la primera vez que estuvo en esta misma playa, donde la heterodoxia de los cuerpos desnudos de mujeres, hombres y niños, le enseñaron a mirarse y a aceptarse con naturalidad, «algo escuálido para su madre y demasiado sinuoso y para su padre» pensó. Frente al azul del mar envuelto en la melancolía de sus recuerdos, Don Iñigo, tirando la bolsa en el suelo y sentándose con las piernas cruzadas sobre las suaves guijas de la orilla de la playa, se sintió predispuesto, en primera persona, a la reflexión y análisis de su propio crecimiento personal... *«En la desnudez propia, y la de los demás, aprendí. con apenas veinte años, en esta misma playa de Cantarriján, a valorarme y a amarme con mis virtudes y mis defectos, tal como era. Me reconcilié con mi sexualidad reprimida en la contemplación de los cuerpos desnudos, de mujeres*

*y hombres ajenos. Comprendí que la práctica del nudismo integral, como estilo de vida, no estaba reñida con mi filosofía de vida naturista en defensa del medio ambiente y sus formas naturales de expresión. Durante décadas, gracias a mi estatus y posición económica, he viajado por todo el mundo promulgando la importancia que tienen la lucha y la defensa del Medio Ambiente, en consonancia y coherencia con los Derechos Humanos, haciendo siempre referencia a la desnudez, como rasgo principal de igualdad entre todas las personas del mundo, sin importar su género, su raza, su condición sexual, su procedencia, etc.*

Ensimismado en sus reflexiones, con los primeros rayos del sol posándose sobre su cuerpo, Iñigo de Mora, en un acto reflejo desabotonó su camisa de Ralph Lauren y su pantalón 501, desprendiéndose de las dos prendas dando prioridad a su versión más animal. Desabrochó de su muñeca derecha la correa de piel de su Rolex Cellini Moonphase, todo un clásico para los amantes de la luna, y se desprendió también de sus Calvin Klein, guardándolos ambos, en la vieja bolsa de loneta azul. Quería, y necesitaba mostrarse al mundo desnudo, sin pudor alguno, en igualdad de condiciones con los demás, despojado de sus insignias y emblemas distintivos de clase privilegiada, que podían ponerle de relieve frente a la gran mayoría menos afortunada. De vez en cuando le gustaba pasar desapercibido; sin etiqueta alguna que denotara su estatus social o posición económica. Quería mostrarse a los demás sin más complementos ni ornamenta que sus indefinidos rasgos y la escasa musculatura que yacía bajo su piel. Siempre persiguió la gloria de sentirse en paz consigo mismo, sentirse bien, libre, en armonía con la naturaleza y su entorno; algo difícil de apreciar y sentir en las impositivas formas de urbanidad de las ciudades. Decidido a quedarse y pasar el día en tan bello lugar, alquiló una tumbona en primera línea de mar y se dejó caer sobre la misma deleitándose con los primeros rayos de sol y la suave brisa marina del entorno.

Poco a poco iban llegando los primeros bañistas a la playa nudista de Cantarriján, con la esperanza y el anhelo de encontrar un soplo de bienestar en este paraíso de libertad, donde poder disfrutar de la propia naturaleza en su estado más primitivo, de forma desnuda, sin imposiciones que le impidan a todos aquellos que practican la desnudez beneficiarse de los saludables rayos del sol llegando a todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, experimentando el placer de sentir la brisa marina en los más recónditos pliegues del cuerpo en una actitud desafiante... ¿Qué otra explicación tiene venir a pasar el día a una playa nudista y bañarse, si no lo van a hacer en pelotas? Con el debido respeto que todos nos merecemos será mejor no especular, ni sacar conclusiones de forma ligera para no despertar al monstruo de las buenas maneras y costumbres... Solo aquellos bañistas que conocen y respetan la tradición nudista de Cantarriján, observarán con naturalidad los cuerpos desnudos de las personas, que valientemente se muestran desnudas ante la masiva afluencia, cada vez mayor, de bañistas textiles prisioneros del pecado original. Nadie, ninguno de nosotros, los que practicamos el nudismo en un lugar público, podemos escapar a las furtivas y reprimidas miradas de los *voyeur*, generalmente hombres, que más allá de la libertad de mirar, esconden intereses ocultos, obscenos en muchas de sus veces, con un calado represivo de índole prejuicioso.

Con la llegada del medio día, cuando el sol peligrosamente se posicionó en su cenit, Nacho creyó oportuno hidratar y alimentar su cuerpo con una fría jarra de cerveza

y una buena tapa granaína. Se incorporó lentamente de su hamaca sin tener muy claro a donde ir a tomar la cerveza y comer. Por un instante quedó inmóvil ante la disyuntiva de tener que escoger entre, el **Bola Marina** o **La Barraca**; los mejores y únicos restaurantes de la playa para tapear y comer. De pronto algo le hizo reaccionar, y tomó la decisión por el segundo al comprobar que en su terraza le daban la opción de estar desnudo en la degustación de sus bebidas y manjares más exquisitos. Cerveza en mano, Don Íñigo, Nacho para los íntimos, mirando en su rededor y haciendo un brindis al sol en su expresión más taurina, levantó su jarra en alto al tiempo que predicaba en voz alta: *Bienaventurados los hombres y mujeres que se desnudan ante los demás, porque ellos serán el alimento del pecado.*